

## CAPITULO XLIII.

## Tristes presagios.

**G**RANDE era la animacion que reinaba entre los navegantes al saber por Colon y por aquellos de los marineros que le habian acompañado en el primer viaje que estaban próximos á la isla Española, en donde sus hermanos les aguardaban con impaciencia, tanto para estrecharlos contra su corazon como para informarles de las costumbres y los usos de los indígenas, de la magnificencia y riqueza de sus minas y de las ricas especias y demas productos que ya habian descubierto al explorar el territorio de Guacanajari.

Colon mismo, que profesaba á aquellos hombres que le habian acompañado en su primera expedicion un cariño verdaderamente fraternal, que no dejaba de pensar en ellos un solo instante, anhelaba por momentos encontrarlos; y aunque algunos indios de aquella costa fueron hasta el navío almirante en nombre de sus caciques á pedir á Colon que desembarcase, ofreciéndole grandes cantidades de oro, que ya sabian que era lo que más agradaba á los europeos, no quiso detenerse y continuó costeano la isla.

En aquellos momentos, á bordo de una de las carabelas, sucumbió uno de los soldados que habian peleado con los caribes, y que habia vuelto á la embarcacion con una herida ponzoñosa.

Se dispuso que fuera conducido en un bote á la playa para enterrarle allí.

Dos carabelas se acercaron todo lo más que pudieron á la orilla para proteger á la tripulacion, en tanto que se llevaban á cabo las honras fúnebres de aquel infeliz.

Nuevas canoas condujeron indios hasta las embarcaciones, y todos suplicaban á Colon que se detuviese y saltase en tierra.

El almirante les hizo varios regalos; pero no quiso detenerse hasta llegar al puerto de la Navidad.

Al fin llegó al golfo de las Flechas, donde habia tenido lugar el primer encuentro con los indígenas, y una vez allí dispuso que uno de los jóvenes indios que le habian acompañado á España, ricamente ataviado con traje á la europea, desembarcase y fuese noticiando á todos los habitantes del país lo que habia visto y los buenos deseos que llevaba Colon.

El indio prometió cumplir aquella órden.

Pero la historia dice que jamas volvió á aparecer aquel hombre.

Tal vez al reconocer las florestas donde habia pasado la niñez se despojó de sus ricos trajes para ser otra vez lo que habia sido, y por lo tanto no le pudieron reconocer los españoles. Tal vez, víctima de la envidia de sus compatriotas, murió asesinado por alguno de ellos.

No quedaba á las órdenes de Colon más que otro indio que habia tomado el nombre de Diego, y que profesaba un respeto profundo y un amor entrañable á su protector.

Era un joven lucayo de los primeros que habia recogido el almirante en la isla de Guanahani.

El 25 ancló Colon en el puerto de Monte Christi, porque queria visitarle de nuevo para ver si tenia buenas condiciones y para establecer allí una colonia cerca del rio que en su

primer viaje había bautizado con el nombre del Río del Oro.

Envió á explorar el terreno á un capitán con algunos soldados, y éstos al volver le dijeron que habían hallado en la orilla el cadáver de un hombre con una cuerda de esparto atada al cuello, los brazos extendidos, y atada á la muñeca una cruz de toscá madera.

Por más que habían hecho no habían podido cerciorarse de si pertenecían aquellos restos á algun indígena ó á algun europeo.

La noticia alarmó sobremanera al almirante, y al otro día dispuso nuevas exploraciones.

Nuevos cadáveres hallaron en la tierra sus emisarios, y entre ellos uno que aún tenía las barbas, lo que indicaba que era español.

Negras dudas oscurecieron el risueño horizonte que se había presentado en la imaginación del ilustre genovés.

A partir de aquel momento, su anhelo de llegar al puerto de la Navidad fué mayor, y aun cuando en toda la costa salían indios á saludarle con alegría y á mostrarse muy confiados en su presencia, lo cual era indicio de que no habían cometido ninguna traición, porque de lo contrario hubieran manifestado temor al verle, aceleró la marcha para disipar las dudas que abrigaba ó convencerse de la triste realidad que presentía.

El 27 de Noviembre al anochecer se encontró al frente del puerto de la Navidad, y como conocía los muchos peligros del pasaje, por las muchas rocas que había en el puerto, ancló á cosa de una legua de distancia de la orilla.

Las sombras de la noche le impedían divisar la fortaleza, y la isla se le aparecía como una masa informe y negra.

Pero no podían aguardar hasta la nueva luz para satisfacer su ansiedad.

Nada más natural que dar á conocer su llegada á los españoles por medio de un cañonazo.

Ellos contestarían desde el fuerte, y entónces sabría á qué atenerse.

La carabela capitana disparó dos cañonazos, y el eco repitió mil veces su estruendo pavoroso.

Un silencio sepulcral reinó en torno de las embarcaciones.

Todos los tripulantes estaban sobre cubierta aguardando con ánsia un disparo que respondiese al suyo, ó cuando ménos alguna luz, algun indicio que les diese á conocer la presencia en el fuerte de sus hermanos.

Trascurrieron algunos minutos.

Pasó una hora.

La carabela repitió los cañonazos.

Nada se oyó.

Ni una luz, ni un indicio apareció en el fuerte.

En torno de las embarcaciones reinaba un silencio sepulcral.

¿Qué podía suceder?

A media noche vieron algunos una canoa que caminaba rápidamente con dirección al sitio que ocupaba la escuadra.

Los que la tripulaban, al acercarse á la primera carabela, preguntaron por el almirante.

Los marineros indicaron á los indios el buque de Colon.

Se acercaron á él, é invitados por los marineros de la *Margalante* á que subieran á bordo, dijeron al intérprete que no subirían hasta convencerse de que Colon estaba allí.

El gran hombre corrió á la galería del buque, y al mismo tiempo que con una tea alumbraba un marinero su figura:

—Soy yo, subid, subid, les dijo.

El intérprete tradujo aquellas palabras, y los indios, manifestando una inmensa alegría, subieron á la carabela.

Lo primero que hicieron al hallarse en presencia de Colon, fué ofrecerle dos máscaras adornadas con oro y piedras preciosas.

Pero sin hacer caso entónces de aquellos ricos metales, el almirante, que deseaba vivamente noticias de los españoles, preguntó por ellos.

El rostro de los indios al saber aquella pregunta por el intérprete Diego, pareció entristecerse.

Articularon algunas palabras y el indio de Guanahani dijo á Colon:

—Cuentan que muchos de ellos han muerto naturalmente; que otros han sucumbido á manos de sus mismos hermanos en una lucha que entre ellos han tenido, y añaden que los otros se han retirado de la fortaleza guareciéndose en un punto de la isla á donde cada cual ha llevado en su compañía muchas mujeres de los indios.

—¿Y como ha consentido Guacanajari eso? preguntó indignado Colon.

—No ha podido evitarlo, le contestaron; atacado por Caonabo, el audaz y valiente cacique de las montañas del Cibao, ha tenido lugar en la isla una encarnizada lucha. Los bosques han sido incendiados; en el combate han perecido muchos, y el mismo Guacanajari cayó herido en medio de la pelea; por eso no ha venido á saludar á su amigo, á su protector, á dar la bienvenida al almirante.

La lucha era reciente.

Todavía humeaba la incendiada floresta; todavía regaba la sangre las llanuras de Haiti; todavía habia en el indómito corazón de Caonabo la sed de venganza.

En medio de aquellas tristes nuevas no se alarmó Colon, porque la actitud de los indios demostraba que si los españoles habian sufrido la muerte no habia sido por efecto de odiosidades é intrigas de los naturales.

Aún conservaba buena amistad con Guacanajari; por otra parte, segun le habian dicho, vivian diseminados en la isla los españoles que habian quedado vivos, y no dudaba que al saber su llegada correrian á su encuentro para explicarle lo que habia pasado y ponerse de nuevo á sus órdenes.

Estas creencias las trasmitió á los tripulantes y todos recobraron la calma.

Agasajaron á los indios que habian ido á llevarles aquellas noticias, y aquella misma noche partieron de la costa prometiendo ir al siguiente dia por la mañana para guiar á los hijos del cielo á la morada en donde yacía herido Guacanajari.

¡Con qué afan esperaron la aurora aquellos hombres!

Pero brilló la aurora, pasó el dia, y cada vez aguardaban con más ánsia la llegada de los indios que habian de conducirlos á la presencia de Guacanajari.

Tendieron la vista por la isla, y su aspecto era aterrador. Reinaba en toda ella un fúnebre silencio.

La sombra de la muerte parecia extenderse sobre aquel panorama tan risueño ántes, tan seductor, tan espléndido.

Cansado de esperar, envió Colon un bote hasta la orilla para que se informasen los que en él iban de lo que pasaba.